

Los infortunios de Svoboda

Para E. S. y la borrascosa noche
del 13 de marzo de 1936

CAPÍTULO UNO
UN HOMBRE FELIZ

Svoboda¹ era el mozo de estación del pueblo. De ser cierto que las leyes de la oferta y la demanda se complementan, su existencia era poco menos que una anomalía económica. En dicha estación solo paraban dos trenes al día, dos cercanías lentos como caracoles, seniles, humeantes y tiznados de hollín que usaban principalmente los trabajadores de la fábrica: cogían el de las 6.40 y regresaban en el de las 19.10, sin —huelga decirlo— equipaje. Prácticamente nunca se podía ver a ningún otro pasajero en los andenes. Muy de vez en

1. Svoboda significa «libertad» en checo. En Bohemia y Moravia, oprimidas desde hace tiempo por la falta de libertad, es un apellido tan frecuente como Smith en Boston.

cuando, una pareja de ancianos iba a la ciudad a visitar a sus hijos, o los hijos venían a visitar a sus padres. Pero para el mozo no resultaban nada rentables como clientes, pues sus bártulos se limitaban a una bolsa de papel llena de regalos. Los turistas y los amantes clandestinos tampoco ofrecían muchas más posibilidades. Los turistas iban con mochila, y era poco probable que los amantes necesitaran los servicios de un mozo para cargar dos simples pijamas y una maquinilla de afeitar. Solo los vendedores amargados que habían fracasado en mercados más animados se dejaban caer por el pueblo con una maleta llena de muestras. Estas eran las únicas oportunidades comerciales que se le presentaban a Svoboda.

Sin embargo, Svoboda trabajaba como mozo de cuerda desde hacía casi un cuarto de siglo. La única explicación que se le podía dar a este fenómeno era su excepcional estupidez. Svoboda estaba considerado un espectáculo local. Los lugareños alardeaban de dicha imbecilidad ante los forasteros y observaban el efecto que causaba con un orgullo casi paternal. Y es que, además, el tipo en cuestión no pasaba precisamente desapercibido. Era una bestia grande y torpona de más de metro ochenta de estatura, fuerte como un toro, aunque sus diminutos ojos celestes se asomaban al mundo con la inocencia de quien no ha alcanzado siquiera la edad escolar. Agazapados en su semblante tosco y curtido, parecían un par de alegres gorrioncillos extraviados que hubieran anidado en un peñasco

lúgubre e intimidante. Por debajo de las órbitas cerúleas, los pómulos sobresalían casi en ángulo recto respecto a la formidable barbilla. Su cabeza cuadrada estaba coronada por un mechón de pelo flamígero tan descuidado como unos arbustos silvestres. Svoboda se podaba trimestralmente los rizos con la cizalla del jefe de estación, pues la simple idea de confiárselos al barbero le horrorizaba.

En realidad no se llamaba Svoboda. Muchos años atrás habían estado buscando por aquellos parajes a un asesino del mismo nombre y alguien había decidido ponerle ese mote. Al final se había quedado con el apelativo, cosa que ahora se consideraba una prueba más de su estupidez.

Había nacido en la más oscura Eslovaquia, una tierra donde los campesinos viven de patatas todo el año y la tuberculosis y la gota medran como resistentes plantas perennes en un suelo bien abonado. Como bastardo concebido en aquellos prados, nunca conoció a su padre, aunque su madre le aseguraba que un día iría a verlos. No era mal tipo, decía su madre, pero trabajaba de barquero en el río y la corriente se lo había llevado muy lejos. Svoboda idolatraba a su madre o «mammi», como solía llamarla en su impenetrable versión del eslovaco. Disponía de un amplio repertorio de historias sobre «mammi», aunque, cuando las contaba, nadie era capaz de comprenderlas. Debían de ser verdaderamente conmovedoras, porque, mientras intentaba explicarlas, aquel gigantón no podía ocultar su emoción.

—Pobrecita mammi. Bien viva estarría, perro le dio la corriente.

Su temor a las corrientes de aire se convertía frecuentemente en motivo de chanza para los demás. A veces, cuando el jefe de estación se ausentaba, los empleados ociosos abrían puertas y ventanas, y llamaban a Svoboda solo para verlo salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Svoboda tenía solo catorce años cuando «mammi» murió. Corría 1905. Días felices, según los cronistas nostálgicos de la monarquía Habsburgo, aunque las clases bajas debían de sufrir serios problemas de visión, pues nunca se percataron de cuán felices eran. Un año después de la muerte de «mammi», en esos hermosos días de paz y prosperidad, el niño huérfano estuvo a punto de morir de hambre. Unos leñadores lo encontraron en el bosque, sangrando por los golpes que le había propinado un granjero furibundo que lo había sorprendido robando albaricoques. Poco después, un campesino de buen corazón acogió al muchacho y le permitió trabajar diez horas al día a cambio de una pitanza miserable y el dudoso privilegio de dormir en el establo con las vacas.

Cuando Svoboda llegó a la edad de cumplir el servicio militar, el Estado se interesó por primera vez en él. Le proporcionó un arma y se encargó de su bienestar físico, por si, de darse la ocasión, conseguía desarrollar un talento útil para el asesinato. Y acertaron con la inversión: los tontos estuvieron muy solicitados en

la guerra que estalló solo dos años más tarde. Svoboda recibió numerosas condecoraciones, pero, en 1915, la metralla lo dejó fuera de combate. Lo sacaron del frente con dieciocho esquirlas de metal incrustadas en el cuerpo. Le extrajeron la mayor parte de los fragmentos y, cuando sus heridas ya casi se habían curado, lo mandaron a una casa de convalecencia militar en este pueblecito.

Ocioso por primera vez en su vida, Svoboda se aburría soberanamente. Como no encontraba nada mejor que hacer y le gustaba contemplar los trenes en que se había montado por primera vez cuando lo enviaron a servir a la patria, le dio por pasar el tiempo en la estación. Y estaba un día de aquellos sentado en el andén cuando un convaleciente recién llegado le pidió que le llevase el equipaje. Así lo hizo, y recibió una corona por las molestias. Al día siguiente ya estaba ofreciendo sus servicios a todo el que llegaba. A partir de entonces, se convirtió en el mozo de estación del pueblo.

Pasaron los años. La masacre se detuvo temporalmente. La casa de convalecencia cerró y el mozo ya no le fue de ninguna utilidad al pueblecito. Sin embargo, Svoboda se quedó en la estación. ¿Por qué? Pues porque resulta que ya estaba en ese lugar. Si el tren en que llegó lo hubiese dejado en cualquier otra parte, allá se habría quedado.

Allí estaba, y de allí no se movió. Y, como no le quedaba otra, encontró el modo de ganarse el sustento. Su estupidez le resultó bastante útil. Un hombre con

una pizca de seso habría malgastado sus energías intentando conseguir dinero para pagarse el alojamiento. A Svoboda este asunto no le preocupaba en absoluto y, por consiguiente, no tenía problemas de alquiler. Cuando la casa de convalecencia cerró, guardó todas sus posesiones terrenales en un baúl que trasladó a la consigna de la estación. Dormía en la sala de espera. Todas las noches, después de que saliera el tren de las 19.10 y atenuasen las luces del exterior, Svoboda esparcía heno fresco en el suelo y se acostaba. Dormía tan profundamente que el expreso de medianoche a Praga no le había despertado ni una sola vez en veinte años. Cuando llegaban los trabajadores para coger el tren de las 6.40, él ya había abandonado su alojamiento particular, dejándolo todo en orden. Los pasajeros solo usaban la sala de espera si hacía muy mal tiempo, pues el olor corporal de Svoboda era tan fuerte que, hasta en verano, con la puerta abierta de par en par todo el día, aquel sitio nunca acababa de librarse de él.

Las facturas del sastre tampoco existían en la vida de Svoboda. Los trajes que él se ponía por primera vez los habían pagado otros diez o quince años atrás. Y no es que los consiguiera a cambio de nada, ¡ni mucho menos! Entre los habitantes de aquel pueblo no había lugar para regalos ni ninguna otra tontería de ese tipo. Svoboda trabajaba mucho para ganarse el guardarropa. Siempre que una casa planificaba una de aquellas limpiezas generales, mandaban a la criada en su busca. Con el tiempo, Svoboda había llegado a dominar el arte

de sacudir alfombras, fregar suelos y hasta el de exterminar insectos. Recientemente, ¡hasta había aprendido a descolgar cortinas él solo! También cortaba leña y, por lo general, se ocupaba de tareas que requerían más fuerza de la que podía tener una simple criada.

Su jornal, aparte de la manutención, incluía algún par de zapatos viejos, camisas raídas y, en el mejor de los casos, algo de ropa interior. De vez en cuando, recibía un traje raquítico o un abrigo que estaba en las últimas. Los artículos más cotizados, por decirlo de alguna manera, tenía que ganárselos a plazos, pues, para los vecinos, cualquiera de estas prendas, por muy vieja que fuese o muy raída que estuviese, valía más que un día de los esfuerzos del mozo. Si no tenía ropa vieja para darle, el dueño de la casa le pagaba con unas monedas que Svoboda agradecía con un jovial «¡gracias!». Aunque se aferraba a cada moneda como si su salvación eterna dependiese de ello, no se dignaba a contar el dinero hasta haber perdido de vista a su ocasional patrón. Los empleados del ferrocarril también lo mandaban a veces a hacer recados y, a principios de mes, cuando todavía les duraba la paga, le daban pequeñas propinas. Svoboda se ponía al servicio de todos y recibía la más insignificante de las monedas con una sonrisa agradecida.

La gente lo trataba como a un animal grande y bonachón, algo que a Svoboda no le importaba en absoluto. Él siempre parecía alegre y satisfecho con el orden establecido. La inteligencia, como se demuestra a menudo,

es una cualidad demasiado sobrevalorada. Porque en una época en que la única solución que miles de personas inteligentes encontraban a sus penurias económicas eran el veneno, el gas inflamable o las pequeñas armas de fuego, al tonto de Svoboda le iban muy bien las cosas. De hecho, él creía poseer todo aquello que cualquier hombre puede desear.

Hasta tenía una amante, ¡y no se trataba precisamente de una mujer perezosa e inútil! En realidad, la dama en cuestión contaba con sus propios ingresos y, además, tenía una casa en propiedad. Aunque dicha casa era más bien una choza desvencijada que se encontraba junto al vertedero municipal, se trataba de una casa a todos los efectos y, por si fuera poco, era suya y de nadie más. La había heredado de su difunto esposo. También habían formado parte de la propiedad una granja y algunas hectáreas de bosque, pero el marido era un borracho y se las había bebido junto con la botella. Él había muerto de delírium trémens, dejándole la miserable cabaña como única propiedad.

Muchas veces, al verlo volver a casa borracho perdido, su buena esposa había vaticinado que acabaría sus días muerta de hambre en el vertedero. Al parecer, el vertedero se había tomado esas crueles palabras como un desafío personal y le había demostrado que, por mucho que la opinión popular dijese lo contrario, en un lugar así uno puede llegar a ganarse el sustento dignamente, y no solo morir de hambre. Cada dos o tres meses llegaban de la ciudad unos hombres

para recoger trapos, vidrio, metal, madera y caucho del montón de desperdicios. Al final, la viuda se enteró de que se llevaban todos estos artículos porque los chata-rros del centro industrial se los compraban. Así que, cuando la muerte de su marido la dejó sumida en la ruina, decidió aprovechar su proximidad a la mina de oro. En su siguiente visita, los traperos no encontraron nada de valor en el vertedero; todo el material vendible estaba en el patio trasero de la viuda, ordenado en pulcros montones y listo para despachar. Al principio se pusieron furiosos, pero acabaron por reconocer que no tenían más derecho que ella, y no les quedó más remedio que aceptarlo.

De modo que la viuda vivía del vertedero. Se pasaba todo el día escarbando en la basura como una enorme gallina abotargada, pero de noche siempre aparecía recién peinada y relimpia, lista para recibir a su amante con una sabrosa cena. Era una mujer grande y morena de unos cuarenta años que adoraba a Svoboda. Resultaba difícil saber si adoraba al mismo Svoboda o solo las partes masculinas de su persona, pero, en cualquier caso, estaba loca por el gigante pelirrojo. Los lugareños decían que lo espiaba y le montaba unas escenas terribles si lo veía con otra. Aquello era un constante motivo de burlas para Svoboda.

—¿Por qué no te casas con esa mujer? —le decía la gente—. Tendrías una casa donde vivir.

—Eso sí —respondía Svoboda con orgullo, sin dar más explicaciones.

Svoboda tenía un buen motivo para no querer casarse: había conseguido ahorrar cierta cantidad de dinero que no quería compartir con nadie. Sí, en efecto, tenía su dinero, trescientos dieciocho sokols,² en la caja de ahorros local. Los conocidos siempre le aseguraban que su esposa no podría sacar del banco ni un centavo sin su consentimiento, pero Svoboda no acababa de fiarse y se mantenía en sus trece. A menudo citaba el triste ejemplo de un ingeniero de la línea interurbana local que había conseguido ahorrar cuatrocientos veinte sokols y lo perdió todo cuando su esposa enfermó.

—Porr novia no pagas, porr esposa sí pagas. Es la ley.

No había nada noble en su actitud, desde luego, pero se le podía disculpar porque había tardado veinticinco años en reunir sus trescientos dieciocho sokols. Algunas personas llenan sus bibliotecas de libros; otras dedican su vida a crear organizaciones inmensas. Svoboda había dedicado la suya a conseguir aquellos trescientos dieciocho sokols. Todo el mundo simpatiza con León Tolstói, de quien dicen que valoraba más su obra que su felicidad doméstica. ¿Por qué, entonces, criticar a Svoboda?

Y, sin embargo, a su manera, él quería a su novia, pues, por muy escaso que anduviera de materia gris, lo que no le faltaba era un gran corazón. Cuando, al caer la noche, tocaba su flauta en la oscura estación, se le saltaban las lágrimas con las sencillas cancioncillas que

2. 10,97 dólares.

había aprendido de «mammi». Era un ser musical por naturaleza. En cuanto escuchaba una melodía, podía reproducirla a la perfección en su tosca flauta casera, cuyas dulces notas formaban ya parte de las noches estivales del pueblo; tanto como el chirriar de los grillos. Siempre interpretaba las mismas tonadas esclavas, graves y desesperadas como los suspiros de la pobreza. Se ponía en cuclillas y tocaba solo, durante horas, en la estrellada oscuridad.

Esta había sido su vida durante casi un cuarto de siglo y, si no lo hubiesen ascendido de repente a la categoría de asesino político, así habría seguido hasta el día de su muerte.